

CIENCIAS SOCIALES

LA ILUSION REVOLUCIONARIA

Por el *Doctor Luis GARRIDO.*

En noche reciente discutía un grupo de amigos, sobre la necesidad e que las funciones gubernamentales fueran desempeñadas por individuos de reconocida ejecutoria revolucionaria. Sólo así —se comentaba— podían madurar los principios que animaron a nuestra última convulsión social.

El tema se presta a serias reflexiones, pues guarda múltiples problemas. Desde luego, por lo que se refiere al ambiente que nos rodea, cabe preguntarse: ¿existe una atmósfera propicia para que la fuerza e avance social se manifieste plenamente? Un examen superficial nos inclina a una respuesta negativa. Vamos hacia un neoporfirismo a pesar de los esfuerzos en contrario del actual gobierno y de la probidad e patriotismo del Presidente Ruiz Cortinez. La renta nacional está mal repartida. Se multiplican los intermediarios. Aumentan los rentistas, mientras las clases laborantes trabajan más y ganan un dinero con el que cada día adquieren menos bienes. La pobreza las degrada. Bancqueros, industriales y comerciantes proyectan su influencia en el poder público. Por otra parte, vivimos la corrupción de la ley en su mismo origen, y se observa una falta de espíritu para acometer las grandes empresas cívicas.

En estas condiciones se produce una escasez artificial de mentalidades que, como diría Shaw, nos obliga a llenar los puestos de primera categoría con funcionarios de segunda fila y a veces hasta de sexta. El hombre revolucionario que empuñó las armas para hacer triunfar sus ideales democráticos con Madero, y después por derrocar al gobierno de Huerta, y hacer los ajustes en las mismas filas del movimiento armado, se está extinguiendo.

La frustrada reforma de la educación socialista, la densidad burguesa del medio circundante y la complejidad de las múltiples cuestiones que tiene que resolver el Estado moderno, ha disminuido las probabilidades de que formemos una clase dirigente con inequívocos perfiles revolucionarios. Al paso de los años, las ideas de mejoramiento popular inspiran menos a funcionarios y empleados. Uno de los graves errores de la revolución es no haber formado a los que iban a recibir su antorcha, para llevar, como en la carrera de Colono, el fuego sagrado a todos los rincones de la República.

Por el contrario, se ha propalado la tesis de que la revolución ha concluido al consagrar sus doctrinas en la Carta Fundamental de 1917, y que ahora sólo resta disfrutar de sus conquistas, como si éstas fueran evidentes en su realización. Esta falsa actitud ha contribuido poderosamente a alejar en los jóvenes toda idea de que gran parte de la obra revolucionaria está por hacerse, y que se debe luchar hoy, más que nunca, porque sus principios de justicia social recobren toda su plenitud.

Los difíciles problemas económicos y la audacia de nuestros arbitristas han creado una extrema desigualdad, que exige la vigencia del programa revolucionario. Tenemos trabajadores o técnicos al servicio del capitalismo o la burocracia, pero casi no contamos con artesanos para la buena causa social. Resulta de esto que escamoteamos los problemas para diferir su solución, porque la política está viciada de academismo y fórmulas hechas, de verbalismo y estilo tradicional. Estas condiciones me determinaron, cuando fui Rector de la Universidad, a trabajar por la fundación de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, que justamente alaba EL UNIVERSAL en su editorial del último lunes. De allí saldrán, con vitalidad y simpatía generosa, algunos de los nuevos expertos de nuestra estructura social y política.

Ellos tendrán que buscar el verdadero conocimiento de la vida y organizar un método para que la acción humana rinda positivos frutos de bienestar colectivo, porque únicamente así podremos avanzar en la solución del gran problema de nuestra época.

En nuestro país sólo se invoca la doctrina social como etiqueta de los grupos que luchan por la conquista o la conservación del poder, y que les sirve para su propaganda de palabras o frases hechas. En cuanto a la dinámica del concepto se hace poco o nada. Con cuánta razón decían los latinos: —¡ F a c t a n o n v e r b a !

Necesitamos cambios radicales. Hombres que encarnen el principio de la revolución en cuanto actitud permanente para estimular la

acción que crea positivos valores humanos. Hombres convencidos de que mientras no haya renovación integral, nuestra vida estará vinculada a los viejos moldes que pretendimos destruir o modificar. Hombres que no se asomen al balcón a contemplar la vida, sino que la observen y critiquen para establecer el progreso de las instituciones y costumbres sociales. Hombres con un programa de acción claro y preciso, que devuelvan a la revolución su sentido dionisiaco de lucha y de expansión militante.

En los últimos lustros nos hemos refugiado, unos en la contemplación que adormese, y otros, en la meditación quietista. Pero ha llegado la hora de que los hombres patriotas, los hombres de altos ideales, los que verdaderamente aspiren a mejorar las condiciones de sus semejantes, se alisten en la revolución para elevar las actuales condiciones de vida. Pero no en la mistificación de un partido que nada tiene de institucional o en un programa con miras al presupuesto, sino en una nueva acción social y política que corrija los retrocesos y disparates que han cometido los ignorantes o los tráfugas de la revolución.

Nada se está quieto. La sociedad humana siempre está en movimiento y en andanza perpetua. Combatamos a los que nos dicen que la revolución ha triunfado y que sus conquistas son evidentes. Algo se ha logrado, pero aun estamos distantes de la meta.

Estudiemos todo lo que ha acaecido para poder perfilar los cambios que deberán tener lugar. Y si no podemos incrementar las filas de los sostenedores de la rehabilitación de los principios revolucionarios, hagamos que cuando menos éstas tengan buenos jefes para que las próximas transferencias del poder político, se hagan no sólo en la forma, sino en la substancia, a verdaderos partidarios del cambio social que luchen contra todos los sistemas de explotación del trabajo humano, que defiendan el patrimonio cultural como la mejor riqueza del hombre, y sean una fuerza viva y creadora en la historia de la patria.